

tagonismo violento que en parte se concilie.

Paul de Kock dice que no ha podido explicarse nunca, por qué se llora de placer lo mismo que de alegría. Porque las tempestades del espíritu se prestan á ser simbolizadas por las tempestades meteorológicas, tan esterilizadoras en un sentido, como fertilizadoras en otro.

Llave, del latín *clavis*.—El instrumento que sirve para abrir el continente de algo que conviene guardar.

Profesar una lógica viviente, es tener una buena llave, para abrir al menos la *caja misteriosa* donde se anida el pensamiento.

Llegar, análogo á lugar y luego.—¿Hasta dónde se ha de querer llegar, puesto que todos andamos necesariamente por el mundo, y llegamos á alguna parte á cada paso que damos?

Hasta donde pueda llegarse *buenamente y sin fatiga*.

Es sano en la vida el ejercicio, cuando no nos obstinamos en llegar precipitadamente á donde no es posible llegar.

Llevar, de levar.—El ser activo, el ser viviente, lleva consigo á cues-

tas una carga de mayor ó menor cuantía. Necesita á menudo que otro le ayude á llevar la carga; mas no hay auxilio externo que pueda suplir á su fuerza propia. Extinguida ésta, cae abrumado por el peso, por ligero que sea. El médico es el Cirineo del enfermo; pero el salvador ha de ser el mismo que lleva la cruz.

Llorar, del latín *pluere*, llover.—¡Lluvia de los ojos; lluvia del corazón; tú eres el símbolo del bien y del mal, del agua mansa que fertiliza y del torrente que destruye!

La relación entre el llorar y el llover es fecunda en consideraciones *luminosas*. Alumbran porque se relacionan con focos de luz: los ojos anublados por el llanto; y el sol que anublado presagia el agua benéfica ó el agua de tempestad.

Llover, del sanscrito *plu*, nadar.—Los antiguos designaron al agua como elemento primario del Universo. Simbolizaban bien, aunque interpretaban mal. Llover es una de las funciones cósmicas más necesarias, para el orden común de lo inorgánico y para la vida de todo ser organizado.

M

Macho, del sanscrito *man*, pensar.—El sexo masculino que colabora con el femenino á la obra de reproducción.

No es la representación del sexo masculino tan necesaria como la del femenino para la función generatriz.

El espíritu fecundante es primordialmente lo indefinido (Espíritu-Santo del cristianismo). Con lo indefinido y con un definido cualquiera se concibe la creación de un ser viviente.

Mejor se concibe la fecundación con los dos coeficientes definido é indefinido representados en seres vivos; mas aun podría relacionarse un objeto no vivo con un coeficiente, indefinido en teoría, y que sólo se demostrara por la aparición instantánea de un ser vivo. Este sería simplemente un caso extraordinario, cuya causalidad se ocultara en las profundidades del porvenir, oficiando desde allí en la aparición del nuevo ser.

Madre, del sanscrito *ma*, construir.—La que engendra en su seno, y nutre después como si fuese uno de sus órganos, el embrión que se prepara á vivir independiente.

La madre contribuye á la fecundación como elemento pasivo: ella aporta el amor y el óvulo, infecundo por sí solo, en demanda (amor) de espontaneidad definidora: el sexo opuesto aporta la espontaneidad definidora (voluntad).

Una vez definido el ser, infecundo todavía por sí solo, el amor le recoge en su regazo, le protege y le permite vivir á sus expensas.

No en vano se exalta la delicadeza y el valor del amor de madre; no en vano lo siente el hijo con vehemencia.

Es la madre un prodigio de sentimiento, que colabora con la reflexión al bien de la humanidad.

La naturaleza inorgánica, la tierra que pisamos carece de sentimiento, mas no por eso deja de ser la madre solícita de todo lo viviente. Aun dentro de lo inorgánico hay cosas, como los ríos, que tienen *madre*.

Maestro, del latín *magis*, mayor, dignidad, excelencia.—Polo positivo que, en contraposición al negativo, discípulo, engendra en éste la ciencia, fecundando su reflexión y dando forma á sus inspiraciones.

Son maestros de todos los hombres la naturaleza y los demás hombres. Mas, para que algo se comprenda necesita contribuir enérgicamente el que comprende.

De aquí es que á menudo se enseña por un maestro cosa muy diferente de la que se propone enseñar. Dígalo, si no, la historia filosófica, que ha contado tantos disidentes como discípulos aventajados ha tenido un gran maestro.

Magia, del sanscrito *mâyá*, ilusión.—Imaginación, fantasía, falsa realidad.

Tiene la magia muchos modos de ser: el supersticioso é ilegítimo, que aspira á la milagrosa producción de lo humanamente imposible; el de la creación vaporosa, que no se vende más que en lo que vale como ideal y subjetivo; y el del atractivo deslumbrador de lo bello en los objetos.

La magia interviene con el nombre de imaginación en todos los acontecimientos humanos; es obra de la vida del pensamiento, realizándose, no ya enfrente de lo conocido y cognoscible, sino de lo desconocido y hasta incognoscible, que sólo aparece en forma subjetiva como algo, posible acaso en lo futuro, pero no anticipado siquiera por la reflexión, sino realizándose idealmente con entera libertad.

Magnetismo, del griego *magnês*, imán.—El magnetismo inicia la función eléctrica con el más elemental de sus modos: el mecanismo, el cambio en el espacio, el movimiento.

Los polos opuestos del imán se atraen, porque el uno representa la actividad y el otro la pasividad. Su cruzamiento debiera originar fenómenos eléctricos; pero nada originan porque no se cruzan, sino que se po-

nen en contacto, quedando neutralizados en permanente inmovilidad.

Mas rompiendo la síntesis *continuamente* en el momento mismo de formarse, y restaurándola á la par, se obtienen cruzamientos instantáneos, de identificación y distinción polares que sólo necesitan *acumularse*, esto es, conservarse, reproducidos en ambos sentidos; para constituir polos robustos de funciones eléctricas, más completos que los del imán; polos prácticos respecto de los magnéticos, que pasan entonces á la categoría de teóricos.

El imán es como la mujer que aparece estéril, á pesar del acto que debía ser fecundante. La electricidad es, á manera de fecundación, obtenida por una actividad contrapuesta á esa inercia correlativa que paraliza á la función eléctrica, trocándola en magnética.

Los dos polos magnéticos son pasivos relativamente á los eléctricos. Necesitan la intervención de una actividad, cuyo concurso convierta la polaridad inferior, pasiva, en otra superior y relativamente activa.

La resuelta y radical intervención de lo indefinido, trueca en viviente la polarización eléctrica.

Magnetismo animal.—Magnetizar á un hombre en el sentido mesmeriano, sería quitarle por completo la conciencia de sí propio, la función que le distingue del animal, y reducirle á la categoría de este último, y aun; á la de un autómatas inconsciente y sometido á voluntad ajena.

Mas no se magnetiza á un hombre como á un hierro dulce. Nos magnetizamos mutuamente, influyendo cada cual en la actividad de las funciones intelectuales ajenas.

La influencia magnética rebaja y somete á aquel que la recibe, y por el contrario, enaltece y presta un dominio superior á quien la ejerce. Así nos magnetiza un artista, un orador bien inspirado, un genio.

Hay voluntades robustas, que se imponen á otras más ó menos débiles é impresionables, con el tono de la voz, con la mirada, con palabras y otros recursos, consiguiendo fascinar, á veces hasta obtener resultados sorprendentes.

Son estas imposiciones casos excepcionales de la fascinación, tan común en el trato social, que se sufre, sintiéndola ó no, bajo muy distintas formas.

Magnitud, del latín *magnus*, grande.—Magnitud no es sinónima de grandeza; ésta en general, se opone á pequeñez: la magnitud es susceptible de relativa pequeñez, puesto que admite el mayor ó menor.

La magnitud se entiende sobre todo en sentido matemático, por más que simbólicamente se hable de grandes ideas, grandes pensamientos.

Lo grande matemático es *objetivo*, se ve grande con los ojos; lo grande cualitativo, ó lógico es *subjetivo*, se siente íntimamente grande, ó sea como lo grande exterior.

El tiempo, fondo común de lo subjetivo y lógico, no tiene magnitud. Enfrente de la magnitud del espacio y correlativamente con ella, tiene sólo *duración*.

En la imaginación, reflejo humano de un espacio real en formas ideales, cabe también lo grande como en el espacio real.

Maimonides, filósofo judío del siglo XII, que profesó un peripatetismo neoplatónico, y figuró entre los co-

mentadores de la escuela de Alejandría.

Maine de Biran, filósofo calificado por Cousin como el primer metafísico del siglo XIX, que formuló su doctrina en tres períodos.

En el primer período, distinguió la sensación de la percepción, atribuyendo la primera á la acción de causas exteriores, y la segunda á la actividad voluntaria del individuo.

Con esto deja de ser la percepción una sensación simplemente transformada, como quería Condillac.

Distingue, además, Maine de Biran, de un modo análogo la imaginación de la memoria, y los hábitos activos de los pasivos, concluyendo que el hábito debilita la sensación y fortifica la percepción.

En el segundo período distinguió las causas objetivas de las subjetivas. Dice respecto de las objetivas: que se van determinando unas á otras en serie indefinida; que toman de esta suerte los nombres de atracción, de afinidad, de electricidad; pero que tales nombres *son puras palabras*. Añade que no sucede lo mismo, como quieren los sensualistas, con la sensibilidad, el movimiento, y en general, la causalidad subjetiva; la cual se comprueba en cada sujeto humano, aunque no sea más que por el esfuerzo que hace interiormente, y cuya realidad, así sentida, no se presta á discusión.

Las categorías de la razón deben en su concepto considerarse, no como *formas vacías*, sino como puntos de vista de una *experiencia interna*, ejercitada en la reflexión. A este ejercicio opone simplemente la materia una *resistencia* que da de sí la diversidad y la localización.

En el tercer período, algo más obs-

curamente inspirado que en los precedentes, pasa Maine de Biran al punto de vista místico y cristiano. Distingue en el hombre tres vidas: una animal, otra sensitiva y otra humana (amor y voluntad).

Este tercer y último grado es la personalidad, que va á perderse y aniquilarse en Dios.

Con ligeras variantes, toda esta doctrina se halla muy de acuerdo con la ciencia viviente. Falta sólo **FUNDAR LA VIDA EN LA RELACIÓN**, considerada: *teóricamente* en *correlación estática*, y *prácticamente* en *correlación dinámica*, con lo absoluto, figurando así como *función*, ó sea ejercicio, entre dos polos (definido el uno é indefinido el otro), que da de sí todo lo posible entre extremos contradictorios, imposibles en absoluta inmovilidad.

Maistre (José de), filósofo francés, fundador del ultramontanismo moderno. Idealista exagerado, propende á atribuirlo todo á la Providencia; así los bienes como los males para castigo de los pecados.

Exageraciones como ésta son el verdadero pecado de la vida filosófica.

Mal, del sanscritó *mela*, negro, sucio.—El mal es para la vida, la falta de relación entre los polos que la constituyen.

Esta falta puede ser de cantidad y de calidad.

La falta de cantidad es la menos grave, con tal que no llegue á ser absoluta.

La falta de calidad es lo que se llama en el pensamiento pecado *por comisión*, mal positivo, que es el que tiene verdadera gravedad.

La relación entre los polos que exige el bien, ha de ser relación perfecta, y de tal naturaleza que la distin-

ción se correlacione constantemente con la identificación.

Así resulta la simetría, la armonía, la ley coordinada con la libertad: el orden en todos sus modos de ser.

Cualquier desorden en esta función es lo que se llama cualitativamente *mal*.

La generación, la vida y el bien coinciden entre sí como aspectos distintos de una misma función, y como fuente y origen de bienes subordinados y de males correlativos.

La generación es la función de los dos extremos entre los cuales se constituye la vida; la vida es el término medio indispensable entre los dos indispensables extremos. El bien es la armonía, el equilibrio posible entre el término medio y los extremos: la relación (identidad y distinción) entre ellos.

La generación del bien está con la vida en la relación de la idea con la realidad.

En cuanto se concilian la realidad y la idea, ya la conciliación misma en general es un bien.

En particular, las ideas particulares deben conciliarse con la idea general del bien, que es prácticamente el cumplimiento de la ley moral, no de lo que puede ser bueno para un individuo, sino de lo que **DEBE SER** en general.

La simple falta cuantitativa de bien es negación de cantidad de bien. Más ó menos bien es soportable, si la cantidad no se reduce tanto que llegue á cero.

Mas si además de faltar la cantidad apetecible, se realiza lo contrario á la *calidad ideal* del bien (ley moral), nace de aquí un mal cualitativo, que niega el bien respecto de aquello á que se refiere; idea que discrepa de

la realidad correlativa. Y como siempre ha de haber discrepancia, distinción, en general, entre la idea y la realidad, no puede faltar, ni evitarse, un germen cualitativo de mal, que hace posibles en el mundo, indefinido número de males, oriundos de ese mal original (pecado original del Evangelio).

Lo que sí se puede en mayor ó menor grado es evitar y remediar (Higiene y Terapéutica) los males de este mundo, así corpóreos como espirituales.

La posibilidad de la muerte es el mayor mal cuantitativo y cualitativo anexo á la vida. Mas las condiciones de tal posibilidad nada tienen de necesario en un momento dado. Permiten esperar en un porvenir indefinido.

Maldad.—Acción ó costumbre de obrar mal. Una maldad sola no califica al hombre de malvado, sino la costumbre ó ley práctica de obrar mal.

Maldición, de mal y decir.—Voluntad expresa de mal para alguna persona.

Para que la maldición no sea maldad es menester que recaiga sobre el mal mismo.

Aun así no debe quererse el mal por el mal, sino por el bien que deba hacerse y no se pueda obtener de ningún otro modo.

La bendición es el acto eminentemente moral; la maldición no participa de la moralidad, sino por el interés que tenga en ella el cumplimiento de la ley del bien.

Malebranche, filósofo francés que extremó el pensamiento de Descartes; haciendo del *yo* en particular, que este último sintió en su conciencia, un *yo* universal imaginario, ab-

suelto y absorbente de la colectividad de personalidades (*yos*) esparcidas y posibles en el mundo que habitamos.

Por tal procedimiento, por tal abnegación, imaginable sí, pero de hecho inasequible, dejó el filósofo de ver cosa alguna *en sí* para verlo todo *en Dios*.

Faltóle, pues, al relacionarse con Dios identificando los términos de la relación; relacionarse además distinguiendo correlativamente los términos que identificaba.

Dios debe considerarse como el absoluto ser *teórico*, que relacionándose *prácticamente* con algo relativo y movedizo, presta vida á seres que viviendo le *representan*.

«A punto estoy—decía Malebranche—de creer que mi substancia es eterna, que forma parte del ser divino, y que no son mis diversos pensamientos sino modificaciones particulares de la razón universal.

»Nada—añadía—más que Dios, lo infinito, el ser indeterminado, lo infinito infinitamente infinito, *puede contener* la realidad infinitamente infinita que veo yo cuando pienso en el ser y no en tales ó cuales seres.»

Lo que veía Malebranche era **NADA**, esa nada que repugnaba á su *sentimiento* religioso. Lo que *sentía* era el coeficiente indefinido de la vida, llamándole *infinito* y despojándole de la condición de *coeficiente*; condición práctica, sin la cual se le deja de sentir y aparece sólo como puro *indefinido* (en participio del verbo *definir*, y no en sustantivo absoluto como denota la palabra infinito).

Las consecuencias del principio de que parte Malebranche son: por un lado plausibles por su idealismo optimista; y por otro inadmisibles porque llevan á un panteísmo que elimi-

na la libertad humana, y hace á Dios responsable de cuanto sucede en el Universo.

Maleficio, de mal y hacer.—Obra del mal. Detrimento ocasionado en una función por voluntad de una persona.

Se supone que puede influir un deseo vehemente, sin acto externo que le corresponda, ó mediante algún acto supersticioso, para ocasionar daños á un individuo; pero semejante influencia no pasa de ser, ó quimérica é injustificable, ó susceptible de racional explicación. No se concibe comunicación de ideas entre los hombres, sino mediante modificaciones objetivas, y en la medida en que éstas se relacionan con el organismo ideal de quien las sufre.

Malicia, de mal, y en latín *scio*, yo sé.—Pensamiento de hacer mal la persona misma, ó de recibirle de otra relacionada con ella.

Procede con malicia el que se propone hacer ocultamente un mal, ó supone que otro se le va á hacer en igual forma.

El carácter de la malicia no está en el mal mismo, sino en su condición, larvada indebidamente en el pensamiento.

Malvado, de maldad.—El que acostumbra á hacer reflexivamente el mal.

Entre malvado y santo sólo es atribuible al hombre, *mientras vive*, un término medio. El malvado de ahora pudiera corregirse luego; el santo *hasta una hora dada* podría pecar un instante después.

Hay, sin embargo, la *diferencia* en esta *identidad* de relación, de que el santo puede *pecar*; pero el malvado *se debe* corregir.

No hay en esto la indiferencia

se deriva del idealismo de Hegel.

Mamerto (Hilario), obispo de Poitiers, que en los primeros siglos del cristianismo, intervino en las discusiones sobre el alma humana, opinando que *es material*, como no puede menos de serlo toda criatura; porque solamente Dios se halla sustraído á las categorías de espacio y de tiempo.

Las controversias sobre el alma se dirimen, como todas, con el criterio de la *relación*.

Alma en absoluto es una abstracción violenta; es en el fondo una relación; entre el espacio que inmoviliza, y el tiempo que moviliza, produce y engendra. Es la actividad, la energía automotriz, relacionándose con un cuerpo, que si no tiene en sí la *potencia de vivir*, como decía Aristóteles, realiza al menos por su parte la potencia ideal oriunda del porvenir.

Manar, del griego *manòs*, suelto.—El agua mana del manantial; el pensamiento emana del espíritu ó sea de lo indefinido.

Hay aquí una relación análoga á la que se concibe entre videncia y evidencia. Vemos manar en el espacio, no vemos emanar en el tiempo, aunque lo sentimos á manera que pasa el tiempo.

Manación y emanación son *tránsitos* en esferas distintas; definida la una, indefinida la otra.

Mancha, del latín *macula*.—Espacio circunscrito de color distinto del de un fondo relativamente limpio (exento de mancha).

Los fondos blanco y negro, la luz y la sombra son á propósito para mancharse recíprocamente.

Lo peor es que, si no se manchan, permanecen estériles en su aislamiento egoísta. Se imprimen mutua-

mente la mancha al transigir, al hacerse fecundos, al determinar alguna cosa.

Lo blanco se mancha al hacerse negro, y en general lo indefinido al hacerse definido; pero como sin esta mancha no podría nacer lo indefinido, de aquí es que nazca con el pecado original de la mancha, que sólo puede borrarse, sumergiéndola en su mismo fondo, en lo indefinido, para lavarla allí.

De esta suerte, la generación de lo indefinido, el principio de la vida, sumo bien en el mundo práctico, es un mal en la eterna teoría.

Sin hacerse generalidad y ley, lo indefinido no existiría; pero esta misma generalidad es una *mancha substancial*, de la que necesitaría lavarse para volver á su pureza primitiva.

La generación vegetativa implica ya esta mancha en lo que tiene de objetiva y antipática al pensamiento puro, aunque halague y seduzca á los sentidos, y que por lo mismo, avergüenza y ruboriza instintivamente, por más que embriague y conduzca al fin naturalmente apetecido.

Mandamientos de la Ciencia.—Los mandamientos de la ciencia son sus *leyes* fundamentales.

La ciencia se compone de ideas, y cualquier idea, por pequeña que sea, *funciona* como mandamiento del fenómeno exterior correlativo; es una ley, más ó menos genérica, pero ley al fin.

Las leyes superiores de la república ideal que los filósofos han llamado categorías, son los mandamientos de la iglesia filosófica.

Estos diversos mandamientos se encierran en dos: 1.º, amar la ciencia sobre todas las cosas, respetando la

ignorancia en cuanto tiene de necesaria; y 2.º, esforzar todo lo posible el ejercicio de la inteligencia propia, en consorcio amoroso con las ajenas.

Entre la total ignorancia y el total saber está la ciencia que nace aprendiendo y muere olvidando; que renace como el fénix de sus propias cenizas, y renaciendo de continuo, va trazando una estela luminosa, cuyo foco es la luz perenne de la inmortalidad absoluta: fosforescencia, y nada más, de la inmortalidad relativa; pero fosforescencia de tal género, que se nos impone como ley, y procede obedecerla con fe ciega, como régimen y guía de la humanidad, mientras se cumplen sus destinos en el mundo que conocemos.

Mandamientos de la Ley de Dios.—La razón práctica no es otra cosa que el imperio categórico, el mandamiento de la ley universal, la ley de las leyes, la función viviente *impersonal*, impuesta á toda personalidad; la autonomía de las autonomías, que el hombre *representa* en particular, y siente en la práctica como tipo de libre imposición legislativa.

Dios se revela por los mandamientos de su ley.

La ley es su único hijo que nos habla en nombre suyo.

La ley, la ley es la que hace al hombre esclavo dentro de su vasto imperio, y señor á su vez de todas las criaturas que le están subordinadas en el orden de la Creación.

Ya consignó Kant como mandamiento moral el *imperativo categórico*; el *auto* por excelencia, que ne es el automatismo, sino la autonomía, la autogénesis, aquello que siente el *auto-hombre* como absoluto, aun cuando sólo sea *en relación consigo mismo*.

He aquí el *Nosce te ipsum*, á que se refería el oráculo.

Mandar, del latín *manus*, mano, y *dare*, dar: la raíz *man*, en sanscrito se relaciona con hombre. Determinar idealmente dentro de sí propio, ó realmente en otro, el ejercicio de una función.

La voluntad en general se realiza en forma de mandato particular, simbolizado ó figurado idealmente dentro del pensamiento mismo; y mediante este símbolo interno, obedece el músculo, modificándose correlativamente. Por de pronto, obedece el organismo corpóreo, porque el sujeto que mueve el músculo es el mismo que manda, aunque se revele por condiciones contrapuestas (mandar, y ser mandado y obedecido en los dos extremos de la función).

El *acto puro* de mandar, ó sea lo que relaciona inmediatamente lo definido y lo indefinido más genérico, es la voluntad humana; rayo espiritual, que da cuerpo individual y momentáneo (el yo de la conciencia), el eterno misterio de la *generación universal*: el coeficiente indefinido de la vida.

El acto puro es el mandato, cuyo origen no cabe en la reflexión, nadie puede *ver*, ni siquiera con videncia interna (evidencia); pero nadie puede menos de sentir, en cuanto *ejercita* de cualquier modo su pensamiento.

Este ejercicio del pensamiento puro, es la práctica de su teoría; y la teoría de su práctica es su vida propia, tipo y generalidad de toda vida particular.

Mandar implica libertad, quien niega la libertad se manda á sí propio condenarse á la condición pasiva de lo mandado en absoluto, del cuerpo inorgánico, de la tierra, del agua, del aire ó del fuego; la elección quedaría

á su albedrío si aun le quedara albedrío después de negar su libertad.

Manía, del sanscrito *mānas*, pasión.—Llámanse así generalmente la locura parcial, que consiste en falta de reflexión, y dominio exclusivo del sentimiento, respecto de puntos determinados.

Es muy común la exageración del sentimiento en muchos casos, eclipsando la reflexión; así como ésta puede á su vez paralizar y aun extraviar al sentimiento.

Maniqueo, de *Manes*.—Sectario de una religión bipolar, desprovista del intermedio, necesario para concebir siquiera polos contrapuestos.

Mano, del sanscrito *mā* ó *mas*, construir.—Instrumento importantísimo de la industria humana.

La organización del cuerpo humano corresponde á su destino. Es lo que debe ser, y sería muy dificultoso imaginar algo mejor.

Las máquinas más perfectas nada hacen que la mano no pueda ejecutar, y aun no llegan por su parte á lo que puede ejecutar la mano, intermedio inmediato entre lo ideal y lo que se puede realizar.

Ya viene la mano perfectamente organizada en virtud de la ley providencial del bien, que en mayor ó menor grado está siempre aneja á la función viviente; pero la inteligencia la dirige sirviéndose de ella, para la confección del mayor número de obras artísticas; para todas las que modifican la forma exterior de los cuerpos.

Mansel, discípulo de Hamilton, que exageró los conceptos de su maestro con el objeto de defender los misterios de la religión cristiana.

«Representándonos—dice—á Dios según el modelo de la filosofía y de

la moralidad puramente humana, nos es imposible explicar gran parte de los fenómenos en el mundo. Los sufrimientos físicos, los males inherentes á la vida individual, la adversidad para los buenos, la prosperidad de los malos, son otros tantos hechos que sin duda pueden conciliarse, aunque no sepamos cómo, con la bondad infinita de Dios, mas con la precisa condición de que el tipo de esta bondad no sea la bondad del hombre.»

«Si el niño—añade—puede equivocarse cuando juzga de las acciones del hombre, con más razón puede equivocarse el hombre cuando juzga las acciones de Dios.»

A esto replicó Stuartt Mill que, «no es buena base la ignorancia para formular doctrinas acerca de Dios.»

Efectivamente la ignorancia no puede en *teoría* aportar dato alguno para la ciencia; pero en *la práctica* la ignorancia de un momento se disuelve en otro, convirtiéndose en relativo saber, en *creencia*; y bien puede creerse, tan firmemente al menos como creemos en lo que se toca, se ve y se oye exteriormente; en aquello otro que, si no se toca; se ve y se oye en cambio íntimamente en la función relacionada con lo indefinido, como término complementario de la función relacionada con lo definido.

La creencia racional en una función común, real é ideal á un tiempo, que sin perjuicio de la permanente distinción de sus extremos, propende en serie indefinida de análisis y síntesis, á una identificación suprema. Semejante identificación es imposible en absoluto y aun absurda desde el punto de vista humano, porque identificar en absoluto los extremos funcionales, equivale á suprimirlos; pero es, sin embargo, un dato im-

puesto al pensamiento humano, y que menospreciado á su vez en absoluto lleva también á suprimir, por opuesto modo, la función común en que aparece.

Entre tales contradicciones vacila el pensamiento, y el único recurso que le salva del naufragio, es la relación, bien entendida; que mantiene indecisa la balanza, optando en caso preciso entre los extremos, por aquel que le es impuesto, no como fenómeno accidental, sino como ley necesaria, llamada moral en lo humano y religión en lo divino.

Todo esto, á la verdad, nada enseña al hombre, sino el ejercicio de una vida, en relación con la exterioridad, definida mientras le obliga su cuerpo á vivir en lo definido; y la promesa moral de otra vida en relación con lo indefinido, cuando la muerte del cuerpo le obligue á abandonarle.

En cuanto al género excelso, al individuo, levantado sobre todas las generaciones ideales humanas, no hay forma de anticipar dato alguno que dé cuerpo á su absoluta indefinición; salvo el recurso de simbolizarle como se simbolizan las ideas, con objetos exteriores, del mejor modo posible dentro de la imperfección inherente al tipo humano, que es después de todo, el mejor de los tipos vivientes.

En suma, si Manzel pudo pecar en un concepto, traspasando los límites del polo indefinido de la vida, Stuartt Mill se inclina por lo menos á traspasarlos en sentido opuesto, con riesgo de caer de lleno en un materialismo intolerable.

Manzana, del latín *malum*.—El fruto prohibido del árbol, del paraíso simboliza, en la humanidad, el